

y hallar allí cuanto su corazón en verdad anhela, y el don de poder adorar en paz el sacro Fuego de la inspiración que le guía. Pero Dionysos da su Vino a todos los hombres, no sólo a los poetas. De modo que, contra el poeta, puede endurecerse el corazón de los hombres sólo cuando «desprecian la alegría». Por lo demás, dice Eurípides:

Ese rebaño Humanidad, — sencillo,
sin nombre, — tiene acciones y creencias
que entrañan para mí verdad bastante!

Suyo es, pues, un misticismo que abarca a la democracia así como incluye al amor al prójimo. Amor al prójimo y democracia son detalles, necesarios los dos, para el logro del fin cabal. Ello implica fe en el «hombre sencillo», rasgo siempre característico de la mayoría de los grandes idealistas y reformadores. Ello implica también la doctrina de la Igualdad, doctrina esencialmente religiosa y mística, de continuo probada falsa en cualquier sentido nuevo que se formule, y que, no obstante, de continuo mantiene su lugar entre las creencias vivas del hombre.

A primera vista resulta raro, extraño, este menosprecio del Eurípides de *Las bacantes* por «los sabios» y por la sabiduría. Toda su vida había sido él poeta luchador, poeta soldado, del conocimiento, apóstol del progreso y de la ilustración. Pero no existe contradicción verdadera. Su queja es que «los sabios» no lo son lo bastante, que el conocimiento que el hombre logra es cosa tan poca y tan estrecha en comparación con el conocimiento que soñara lograr. En uno de sus pasajes más difíciles y hermosos, Eurípides parece darnos él mismo explicación amplia de su modo de pensar a este respecto (vv. 1005 ss):

¡No somos enemigos encontrados
tú y yo, Saber!
Yo corro tras de ti con pies alados,
tu servidor más fiel;
pero azotan al mundo fuertes vientos
que no vienen de ti,
tempestades que baten los cimientos
de la mansión que alzaste para mí,
y en medio a la tormenta que desgarró
el cielo azul,
la lucha de la garra con la garra,
que no resuelves tú;
entre el fragor del odio y del cinismo
de ley opuesta a ley,
surge, lejos de ti, sobre el abismo,
la Vida que proclama a Dios su Rey!

¡Y qué grata es esta voz del Eurípides de antaño entre la música extraña, nueva, de *Las bacantes*!

No nos corresponde juzgar en este ensayo hasta dónde sea cierta esa doctrina, ni hasta dónde sea buena o mala. Nos basta ver su esencia: Que el fin que la vida sirve no es del futuro, ni está en las cosas externas, ni se logra mediante el éxito o la buena fortuna, ni nos lo puede quitar lo que otros hagan: Vivamos de conformidad con la Naturaleza, y la Vida misma será la dicha. El Reino de los Cielos está en nosotros, aquí y ahora. No tenemos más que aceptarlo y vivir en él, en vez de crearnos tinieblas que nos lo escondan, tinieblas

de luchas mezquinas, y de odios, y de andar buscándolo en donde no está.

Por una parte esta doctrina es a la vez práctica y humilde: Es la doctrina del contento, la doctrina que nos enseña a mejorar las cosas cooperando con ellas y amándolas. Por otra parte, es un llamado a la fe casi mística del poeta o artista que hay en todos nosotros. Probablemente no hay quien no haya tenido — bien sea en las montañas de Suiza, o en los prados comunales de Surrey, o en las calles repletas de gentío de las grandes ciudades, en los asientos altos de los ómnibus de Londres, y aún dentro de las casas londinenses — la sensación momentánea de estar, al parecer, rodeado de una vastedad casi intolerable, de belleza y de deleite y de interés — ¡Ah, si pudiera uno hacer suya para siempre esa hermosura o entregarse a ella para siempre! El crítico dirá que ése es el busilis. De nada sirve decirle al mundo que halle la felicidad viviendo perennemente en el alto nivel de estos momentos efímeros, momentos que en los altos poetas y en los profetas pueden durar días. Es más sencillo y más práctico decirles a todos que cada uno tenga una renta de diez mil libras esterlinas al año.

No nos enredemos en lucha con ese punto. Pero vale la pena apuntar aquí, para terminar este estudio, que la línea de conducta que Eurípides sugiere fue, históricamente, la seguida por casi todas las más elevadas mentalidades de la antigüedad y de la primera época del cristianismo. Excepto Aristóteles, que, característicamente, se aferró a la ciudad concreta y al ciudadano cumplidor

de sus deberes y pagador de impuestos todos los grandes dirigentes del pensamiento griego se volvieron de espaldas al mundo y buscaron refugio en el Alma. Las palabras que he empleado al azar — Vivamos de conformidad con la Naturaleza — expresan el fundamento de la doctrina moral no sólo de los estoicos sino de todas las escuelas filosóficas. Los platonistas buscaban la Bondad, los estoicos la Virtud, los epicúreos el Placer; estos diversos nombres nombran un mismo Fin; Fin que no siempre está en el futuro, ni es cosa del más allá, sino actualidad, por apartada o lejana que parezca, que existe dentro de nosotros mismos, dentro de cada ser.

La antigua devoción a la Atenas del Siglo Quinto, a aquella Princesa entre las Ciudades que tan bajo y temiblemente había caído arrastrando, al caer, a sus amantes por lodazales de sangre y polvo, cobró nueva vida en una especie de fascinación mental de los filósofos individuales de las postrimerías del helenismo y de principios del cristianismo. Pero ya no era ciudad terrestre la de su anhelo, ni ciudad a la cual rendirle homenaje en conquistas militares, ni dándole policía eficaz, ni pagándole impuestos y creándole servicios de educación pública. Era, antes bien, «la gran ciudad única en la que todos son libres», o la Ciudad del Alma Humana. «El poeta ha dicho,» — escribe uno de los últimos estoicos, hombre que tenía ciudad propia, y bien grande, que cuidar, — «El poeta ha dicho: ¡Oh Amada Ciudad de Cécrope! ¿Y no puedes tú decir: ¡Oh Amada Ciudad de Dios!»

Sir Gilbert Murray

Poemas de Jaime Torres Bodet

= De la obra *Destierro*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1930 =

Sueño del hospital

Yo tenía que llegar.
¿Adónde?...
No lo recuerdo.
Quemaba rieles de luz,
cortando luna, el trineo.
La lluvia oxidaba el sol
en el grito de los perros...
Ochos de látigo oí
multiplicándose el viento.
Yo tenía que llegar.
¿Adónde?...
No lo comprendo.

Del otro lado del mundo
me estaba llamando un pueblo
brusco, metálico, sordo,
erizado de teléfonos.

El hambre me perseguía
por los vitrales del sueño,
dibujando — entre racimos
de bodegones flamencos —
frías peras de metal,
manzanas de raso terso,
granadas acribilladas
de perdigones sangrientos,
pescados con armaduras,

pavos de toisón al pecho
y cervatillos con bosques
de azoro en los ojos tiernos...

La Virgen de los Termómetros
dijo de pronto:
Está ciego.

Y mi sangre se elevó
por mil columnas de acero
hasta llegar a la aduana
— ¿de dónde — ¿de qué país?...
No puedo ya. No lo encuentro.

En balastradas de fiebre,
de codos, el firmamento.

Abajo brillaba el mar
niquelado del espejo,
y en su lámina de azogue
un ángel, todo de blanco,
estaba tomando el pulso
de un cronómetro de hielo.

La Virgen contó hasta cien.
Dijeron no los silencios.

En un patio de hospital
quedaba un paisaje muerto.